

Un visitante muy especial

Autor: Anónimo

Guillermo llegó a casa muy sobresaltado. Era un domingo, cerca del mediodía. –Mamá!, ¡Mamá! –gritó el niño mientras entraba con gran estrépito en la cocina. –Mamá!, ¿llamaron a la puerta esta mañana? –¿Qué quieres decir, hijo mío? –preguntó la señora Peña, que estaba ocupada preparando el almuerzo. –Quería saber si alguien llamó hoy a la puerta.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Capítulo 1.....	3
Capítulo 2.....	5
Capítulo 3.....	8
Capítulo 4.....	14
Capítulo 5.....	16

Capítulo 1

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.



(Apocalipsis 3:20)

Guillermo llegó a casa muy sobresaltado. Era un domingo, cerca del mediodía.

–¡Mamá!, ¡mamá! –gritó el niño mientras entraba con gran estrépito en la cocina.

–¡Mamá!, ¿llamaron a la puerta esta mañana?

–¿Qué quieres decir, hijo mío? –preguntó la señora Peña, que estaba ocupada preparando el almuerzo.

–Quería saber si alguien llamó hoy a la puerta.

–No, creo que no, yo lo habría oído –dijo la madre–. Nadie ha venido esta mañana.

–¿Sabes?, hoy el predicador nos enseñó que hay alguien que va por todas partes, llama a cada puerta y entrega algo a cada persona –afirmó el pequeño–. Y dijo que debemos estar atentos para oír cuando llame, y que tenemos que abrirle enseguida, porque si no lo hacemos, él se va y no vuelve más.

El niño tenía las mejillas enrojecidas y hablaba animadamente. Lo que había oído en la predicación de esa mañana había tocado su corazón y llenaba su mente.

–Bueno –dijo la madre–, nadie puede decir que nosotros no abrimos cuando llaman a nuestra puerta; yo nunca he dejado a la gente esperando afuera. Si esa persona viene aquí, le abriré enseguida. Pero hoy no he salido de la cocina ni un momento. Si alguien hubiera llamado, aunque fuera muy suavemente, estoy segura de que lo habría oído.

Guillermo suspiró aliviado, pero de pronto preguntó:

–Mamá, ¿no habrá venido ayer?

–Pues entonces tendrá que volver, porque ayer no estuve en casa –contestó, impaciente, la señora Peña–. Pero dime, ¿de quién hablas? ¿Quién es el que llama así de puerta en puerta?

Guillermo titubeó. –No lo sé... –dijo al fin en voz baja–; el predicador dijo solamente que llama a la puerta de cada uno.

–No he oído decir que estuviera por esta zona –dijo la señora Peña–. Y si hubiera traído regalos, estoy segura de que me lo hubieran comentado. ¿Qué será lo que trae? ¿Dinero?

–No, no creo que sea dinero, pero el predicador repetía que era necesario que cada uno lo dejase entrar.

–Eso no hace falta decirlo. Sería de maleducados dejar afuera a ese visitante. Pero tú, Guillermo, tendrías que haber estado más atento para poder decirme qué es lo que trae.

–El predicador dijo que es algo que todos necesitamos –respondió Guillermo.

–Me parece que la predicación de hoy fue muy extraña –comentó la señora Peña–. ¿Eso fue todo lo que dijo el predicador?

–Me parece que sí, mamá. El pasaje de la Biblia que leyó sólo decía eso; por eso estuve todo el rato preocupado, pues tenía miedo de que viniese antes de que regresase a casa.

–¡Ah! ¿Eso lo decía el texto? ¡Tendrías que habérmelo dicho antes! –dijo la madre–. La señora Peña parecía estar tan enfadada cuando dijo eso, que Guillermo no se atrevió a hablar más durante un momento. Pero el corazón del niño estaba absorto por lo que había oído.

–¡Es verdad, mamá! –repitió Guillermo–. El predicador dijo más de una vez que el visitante va por todas partes. ¡Estoy seguro de que es verdad!

–¡Bah! –dijo la madre intranquila–; entendiste mal. Deja de decir tonterías. Voy a hablar con el predicador y le diré que deje de contar disparates.

¡Pobre Guillermo! Estaba muy triste por oír hablar de esa manera a su mamá, pues la predicación le había parecido muy hermosa, impresionante y seria. Incluso le parecía que mientras el predicador hablaba, varias veces había dirigido la mirada hacia el banco donde él estaba sentado. Guillermo estaba totalmente convencido de que muy pronto alguien vendría a llamar a la puerta, trayendo algo muy hermoso, y ansiaba que fuera ese mismo domingo, mientras todos estaban en casa.

En ese momento llegó el padre y los tres se sentaron a la mesa.

Capítulo 2

–Hoy Guillermo escuchó una predicación muy extraña –comentó la señora Peña.

–¿De qué se trata? –preguntó amablemente el padre, a quien le parecía que un paseo por la mañana le hacía mucho mejor que ir a escuchar un discurso durante una hora–. Hijo, ¿puedes repetirme el texto?

–¡El texto! –dijo la madre sonriendo–. ¡Ah, sí! Guillermo volvió a casa todo alborotado, contando un cuento muy raro. Dice que hay un señor que va de casa en casa llamando a la puerta y que lleva un regalo para cada uno. ¿Has oído alguna vez semejante locura?

–Pero sí, papá –interrumpió el pequeño–. ¡El predicador dice que es realmente así! Me hubiese gustado que tú también hubieses estado en la reunión y lo hubieses escuchado.

–Cosas así nunca suceden –dijo la señora Peña–. ¿Quién ha oído alguna vez a un predicador decir tales disparates? Seguro que Guillermo comprendió mal.

–No, no, papá –dijo Guillermo con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Sabes?, leyó ese texto en la Biblia, y dijo que tenemos que prestar mucha atención cuando alguien llame, porque de lo contrario, el visitante podría pasar y no volver nunca más.

–Bueno, tranquilo, hijo mío –dijo sosegadamente el padre–. Tenemos buenos oídos y lo oiremos.

Cuando terminaron de almorzar, Guillermo se levantó, y apoyando confiadamente la cabeza en el hombro de su padre, le preguntó:

–Papá, ¿tienes una Biblia?

–Sí, debe de haber una en casa... pero no sé dónde está. Pero no te rompas la cabeza leyéndola; es demasiado difícil para ti.

–Seguro que ya la leíste toda, ¿cierto, papá?

El padre reflexionó un momento y después dijo:

–No, pequeño, yo no, pero tu abuelo la leía muy a menudo. Yo siempre he tenido que trabajar mucho, y me queda muy poco tiempo libre para leerla.

Guillermo no dijo nada, y se quedó pensativo durante un momento; luego agregó:

–Si tuvieras tu Biblia aquí, lo encontrarías enseguida.

—¿Qué encontraría?

—El pasaje en donde está escrito que alguien viene a llamar a la puerta. Quizá incluso podrías decirnos si vendrá hoy.

Y luego añadió con una mirada suplicante:

—Papá, ¿crees que podrías encontrar en la Biblia el lugar en donde dice cuándo va a venir y qué es lo que nos va a traer?

El padre lo negó, meneando la cabeza.

—No, hijo mío. No creo. Mi padre conocía la Biblia desde el principio hasta el fin, y si hubiera leído algo tan extraño, me lo hubiese dicho. Pero, ¿por qué no se lo preguntas esta tarde a la profesora de la escuela dominical? Tal vez ella pueda explicártelo.

—¡Pero bueno! —exclamó la señora—, estás alentando al chico para que continúe con sus fantasías.

—¿Y si no recibimos nunca ese regalo? —se atrevió a decir Guillermo.

—Anda, anda, ¡ensaya el último corito que te enseñaron! —dijo enojada la señora Peña—. ¡Será mejor eso que seguir hablando de cosas que no entiendes!

Media hora más tarde Guillermo estaba sentado en su lugar habitual, junto con otros niños, en la escuela dominical. Esta vez le pareció que la oración y el coro duraban mucho más tiempo. En cuanto dijeron «Amén» a la oración, Guillermo descargó lo que sentía en su corazón, y dijo:

—¡Por favor, profesora!, ¿podría decirme a qué hora vendrá y qué traerá?

La profesora, un tanto asustada al ver la agitación y la cara ruborizada del niño, le preguntó:

—¿Qué quieres decir, Guillermo?

—Pensé que usted lo sabría; y mi padre también pensó que usted me podría responder —dijo Guillermo decepcionado—. Me refiero a ese señor que viene a llamar a todas las puertas. Mi padre pensó que usted sabría decirme dónde está el pasaje del que habló el predicador esta mañana.

La profesora, quien había asistido a la predicación, comprendió lo que Guillermo quería decir, y al ver su rostro tan serio y la curiosidad que despertó en los demás niños, pensó que sería mejor dejar de lado la lección que había preparado para ese domingo, y responder la pregunta del pequeño.

Entonces, a los niños que estaban muy atentos, les relató la maravillosa historia del divino Amigo que con tanta paciencia viene a llamar al corazón de cada uno, aunque muy a menudo se le deja afuera. Les habló del gran amor y de la infinita bondad que Él manifiesta a los hombres, incluso a aquellos que lo aborrecen. Les contó de qué manera los malvados hombres lo maltrataron y finalmente lo clavaron en la cruz. Además, les aseguró que los que abren la puerta de su corazón a ese bendito huésped reciben la paz y un inmenso gozo en el corazón.

Guillermo escuchó con gran atención, y aunque no alcanzó a comprender completamente el significado de estas palabras, tuvo la firme convicción de que lo que había contado a sus padres era verdad, que estaba escrito en la Biblia. Supo con toda certeza, que podía esperar del cielo, a cada momento, a Aquel que viene a llamar a la puerta. Al terminar la clase se acercó a la profesora y le pidió que escribiera la cita bíblica en una hoja de papel, para que su padre pudiera buscarla y leer el pasaje.

Capítulo 3

Cuando la profesora le entregó el papel, Guillermo le preguntó:

–Profesora, ¿ya llamó a su puerta?

En el rostro de la profesora se dibujó una expresión de alegría y respondió emocionada:

–Sí, Guillermo. Yo fui muy mala durante un tiempo y no quería dejarlo entrar. Pero como Él no cesaba de llamar, finalmente le abrí y entró. Desde entonces he sido tan feliz como nunca antes.

Mientras decía estas palabras, en sus ojos brillaron algunas lágrimas.

Los niños estaban profundamente conmovidos. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Pero Guillermo, muy curioso, quería saber aún más, y siguió preguntando:

–¿Se quedó mucho tiempo en su casa?

Con la mirada fija en la profesora, el niño tocó hasta lo profundo de su corazón. Ella lo estrechó entre sus brazos y le dijo con seriedad:

–Él permanece para siempre con nosotros, pequeño.

Guillermo se sintió satisfecho. Luego se despidió y echó a correr sin parar hasta llegar a su casa.

Llegó agitado y, entrando en la cocina, exclamó:

–¡Es cierto, papá! ¡Es cierto! La profesora dijo que es cierto, y escribió el pasaje para ti en este papel.

–¿Qué es cierto? –preguntó el señor Peña titubeando, pues la abrupta llegada de Guillermo lo hizo despertar sobresaltado de la siesta. Su esposa, que estaba leyendo el periódico, comprendió en seguida lo que su hijo quería decir, y poniendo al fuego la cafetera, dijo:

–¡Eso pasa por haber animado al niño a hacer preguntas a su profesora!

–Pero es cierto, mamá. Él ya llamó a su puerta. ¡Me lo dijo ella misma!

Guillermo se calló por un momento, mientras el padre miraba asombrado a su esposa. Después continuó diciendo:

–Le pedí que me escribiese el versículo en un papel. Aquí está, papá. La profesora también nos dijo que debemos estar atentos para poder oír cuando él llame; que al principio ella no le abrió, pero el visitante volvió a llamar a su puerta una y otra vez, hasta que al fin le abrió. Desde entonces ella ha sido muy feliz. Mira, papá, cuando nos decía eso, la profesora lloraba de alegría.

–¿Quién es el que va a venir? –interrumpió impaciente la madre–. Seguramente que toda esa historia no es más que una parábola, como dicen.

–No, no, mamá, es la verdad.

El señor Peña miró de nuevo a su mujer, que decía:

–¡Dinos de una vez por todas quién es el que va a venir!

–Es el Señor Jesucristo –dijo el niño seria y respetuosamente.

La señora Peña no contestó, pero su marido miró a Guillermo y le preguntó:

–¿Dices que la profesora vio a ese hombre?

El pequeño dudó un momento, pues no recordaba si la profesora había dicho eso.

–No lo puedo asegurar –respondió pensativo. Pero enseguida añadió con aire triunfal:

–Claro que sí, papá, tiene que haberlo visto, pues es imposible abrirle la puerta a alguien que uno no ve. ¿No te parece?

–En eso tienes toda la razón –dijo el padre; y se sumergió en profundas reflexiones. Involuntariamente recordó muchas cosas que había oído decir a su padre, un hombre piadoso, apacible y modesto quien, en su tiempo, supo transmitir a su familia las verdades que él había aprendido de la Palabra de Dios.

Guillermo también permaneció silencioso durante un momento, pero de pronto dijo:

–Papá, si Él viene durante la noche, mientras estás durmiendo, ¿podrás oírlo?

–No, hijo mío. Cuando duermo no oigo nada, salvo que llame muy fuerte.

Guillermo miró a su padre con ansiedad, pero luego su rostro se iluminó y dijo alegremente:

–Papá, tenemos una aldaba muy pesada en la puerta, y seguramente nos despertaremos aunque llame muy suave... Él no puede llamar fuerte porque tiene heridas en sus manos...

–¿Heridas en las manos? –preguntó el señor Peña, muy sorprendido.

–Sí, papá. Unos hombres malvados le clavaron gruesos clavos en sus manos y en sus pies... ¿No te parece terrible?

–Ahora comprendo –respondió el señor Peña–. A menudo mi padre me contaba esa historia, pero hacía tiempo que no oía hablar de ello. Mi padre conocía la Biblia de principio a fin.

–Entonces el abuelo sabía que el Señor Jesús va por todas partes llamando de puerta en puerta... ¿Habrá llamado a su puerta?

–No, pequeño, no creo. Por lo menos nunca me lo dijo...

–¿Ya terminaron de parlotear? –interrumpió la señora Peña, en tono burlón–. Pasen a la mesa; el café ya está preparado.

El señor Peña se sintió aliviado y aprovechó esta interrupción para escapar de las desconcertantes preguntas de su hijo. Cuando terminaron de beber el café, un vecino llegó a charlar con ellos, y esa noche no volvieron a hablar del asunto.

Unas horas más tarde en todo el pueblo reinaba un profundo silencio. En casa de la familia Peña todos dormían. De repente Guillermo se despertó y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, mientras el corazón le latía fuertemente. ¿Lo había soñado o era realidad? Le parecía haber oído un llamado muy suave en la puerta de la calle. Permaneció atento por un momento, sin atreverse a respirar; luego saltó de la cama y corrió al dormitorio de sus padres.

Papá –susurró Guillermo–, papá... levántate pronto... llaman... –Y como no obtuvo respuesta, temblando de emoción, repitió más alto: –¡Papá, despierta! ¡He oído un llamado muy suave, como lo dijo la profesora! ¡Baja pronto a abrir!

–¿Qué? ¿Qué pasa? –preguntó el señor Peña, aún medio dormido y frotándose los ojos sin comprender lo que ocurría–. ¿Qué hora es? ¡Oh, todavía no son las cinco! ¡Aún está muy oscuro!

Su esposa también se despertó, se sentó asustada en la cama y preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Quién está hablando?

–Oí llamar a la puerta, papá –dijo nuevamente el niño–. Estoy seguro, por eso me desperté. Por favor, papá, ¡ven pronto a abrir la puerta!

–¡Nunca se ha oído semejante cosa! –gritó la madre enojada–. ¡No lo puedo creer! ¿Todavía hablas de la predicación? ¡Vete rápido a la cama si no quieres recibir un castigo! ¡Lo que está claro es que no irás más a escuchar a ese predicador! Asustar así a un niño... ¡Eso era lo que me faltaba!

Muy triste, el pobre Guillermo volvió a la cama y sus padres se acostaron de nuevo, tratando de conciliar el sueño. Pero, de repente, el padre se despertó sobresaltado y preguntó:

–¿Qué es ese ruido? Él y su esposa se pusieron a escuchar...

–Simplemente es la lluvia que golpea contra los cristales de las ventanas –dijo, impaciente, la mujer–. Está lloviendo muy fuerte; eso es todo lo que se oye. Creo que te falta poco para estar tan exaltado como Guillermo.

El silencio reinó nuevamente en la habitación. Pero también Guillermo había oído el ruido de la lluvia y se inquietaba cada vez más.

–¡Ay! –se decía a sí mismo–, tal vez Él esté ahí fuera y espera que le abran. ¿Qué pensará de nosotros si lo dejamos bajo la lluvia, mientras que aquí estamos calientitos en cama?

Este pensamiento llegó a ser tan doloroso para el corazón del pobre niño, que saltó de nuevo fuera de la cama, volvió a la habitación de los padres y dijo sollozando:

–Papá, está lloviendo tan intensamente... ¿No quieres levantarte e invitarlo a entrar? Debe de estar empapado y lleno de frío; tal vez no sepa adónde ir.

–¿¡Cómo!? ¿¡Otra vez aquí!? –gritó la madre–. ¡Por la mañana te he de castigar! ¡Vuelve a tu cama enseguida!

–¡Oh, papá!, déjalo entrar –dijo Guillermo, llorando–. ¡Llueve mucho! A lo mejor se va y no vuelve nunca más a nuestra casa.

El padre hizo un movimiento como para levantarse de la cama, y la señora Peña, irritada, dijo a su marido:

–¡No te levantarás sólo para cumplir el capricho del chico!, ¿verdad?

–¡Sí, querida, sólo es para tranquilizar al pobre niño! Puedes quedarte en la cama.

–¡Sólo faltaría que yo también tuviese que levantarme! –replicó ella enojada–. ¡Menuda educación le damos al niño!

El señor Peña se calzó las pantuflas y tomó a Guillermo en sus brazos. Luego bajó por la escalera y abrió bien la puerta mirando a uno y a otro lado como si él mismo esperara a alguien.

–Ya puedes ver que no hay nadie –le dijo al niño. Guillermo suspiró aliviado y se asomó cuanto pudo, apoyado en el brazo de su padre e intentando ver algo en medio de la oscuridad; pero no se veía nada.

Seguía lloviendo suavemente, pero las nubes comenzaban a disiparse y entonces pudieron divisar algunas brillantes estrellas.

–Papá –dijo Guillermo en voz baja–, tal vez Él volvió al cielo. ¡Las estrellas se ven tan brillantes! Es como si entre ellas se pudiese pasar justo, justo. ¿Piensas que Dios lo habrá llamado para que vaya junto a Él?

El señor Peña no supo qué responder.

–A estas horas de la noche no hay nadie afuera. Mira cómo todo está tranquilo.

–Quizás el que llamó no haya sido Él, ¿no te parece? Él habría esperado hasta que le abriésemos. Sabía bien que todos estábamos durmiendo. Tal vez vuelva mañana cuando la lluvia haya cesado. ¿Dónde estará ahora?

–Pienso que está ahí donde siempre estuvo –respondió el padre vacilando–. Mi padre me enseñó que está en el cielo y no sé nada más sobre ello. Puede ser que ahora haya una nueva Biblia y que no sea igual a la que leíamos en casa cuando yo era niño.

–Sí, papá, de otra manera sabrías que Él va por todas partes. ¿No te gustaría que viniera a casa, papá?

¿Querría el señor Peña ver cara a cara a Aquel de quien Guillermo hablaba todo el rato y con tanta confianza? No podía decir «sí», pero tampoco quería herir los sentimientos de su hijo, quien se asombraría mucho si su padre dijera lo contrario. Los niños ni se imaginan la enorme importancia que encierran tales preguntas, ni de qué manera ellas pueden alcanzar la conciencia de los mayores. Tampoco saben que la incesante y penosa lucha por la subsistencia llega a absorber la mente del hombre en muy gran medida, y que le resulta muy difícil andar en el camino recto. Como Guillermo no obtuvo respuesta, continuó diciendo:

–Papá, no sabes lo bueno que es. La profesora nos dijo que Él no desea saber si alguien hizo poco o mucho daño, que siempre está dispuesto a perdonar, sea cual fuere el mal que hayamos hecho, y quiere que todos los hombres sean felices y puedan entrar en el cielo.

–Pues pienso que tú entrarás seguramente allí, hijo, ya que me parece que la profesora quiere hacer de ti un predicador.

–Pero papá, yo no quisiera ir al cielo sin ti y sin mamá. Tienes que venir conmigo. No quiero ir solo. ¡Me gustaría que me tomases de la mano! La profesora dice que Él recibe a todos los que van a Él.

–Bueno –dijo el señor Peña para calmar a Guillermo–, tal vez vayamos juntos, pero ahora debemos volver rápidamente a la cama porque hace frío.

Guillermo miró una vez más el cielo estrellado y dijo en bajito:

–¡Buenas noches, mi querido Señor Jesús!

El padre cerró la puerta, llevó arriba a su hijo y lo acostó. Guillermo se abrazó al cuello de su papá, le dio un beso y le dijo:

–¡Te quiero mucho, papá! Estoy muy triste de que no hubiese nadie, pero cuando vuelva le contaré que bajaste a abrir para que no estuviera bajo la lluvia.

El señor Peña estaba conmovido, y se dijo:

–No soy tan buen padre como pienso, pero cuando un hombre debe trabajar tanto para sostener honradamente a su familia... quizá sea perdonable...

Besó con ternura la frente del niño y volvió a su habitación.

–Entonces ¿qué?, ¿había alguien? –preguntó su esposa en tono burlón.

–No, que yo sepa no había nadie. Durmamos; estoy muy cansado.

Capítulo 4

Esa mañana la señora Peña estaba visiblemente disgustada. Pensando seriamente en lo que había sucedido el día anterior y durante esa noche, no podía negar que había cometido una grave falta al oponerse a su hijo, que había buscado la simpatía y el apoyo de ella, tratando de hallar respuestas a una necesidad que sentía profundamente en su joven corazón. Procuraba convenirse de haber obrado correctamente diciéndose que toda esa historia era algo absurdo e imposible, pero su corazón lleno de amor maternal la condenaba.

También se dio cuenta de que su hijo no se dirigía a ella como lo hacía habitualmente. No podía decirse que se hubiera vuelto malo o desobediente, muy al contrario, pero al observar sus actitudes en varias oportunidades, se dio cuenta de que la confianza que Guillermo depositaba en ella ya no era la misma, y que estaba más próximo a su padre de lo que lo había estado antes.

El señor Peña no era un hombre tierno por naturaleza, ni buscaba las caricias, pero ahora parecía haber comenzado un nuevo vínculo de unión entre él y su hijo. La madre se reprochaba seriamente el hecho de que Guillermo ya no le hiciese más preguntas sobre el asunto que tanto le preocupaba. Sabía que el corazón del pequeño seguía tan angustiado como en los primeros momentos, pero Guillermo intentaba no hablar delante de ella, y la madre lamentaba haberse mostrado tan impaciente con su único hijo y haber provocado que se distanciara de ella, pues hasta ese momento había sido todo para él.

Al mediodía, cuando su marido volvió a casa, como Guillermo no estaba porque había salido a comprar algo, la misma señora Peña sacó el tema.

—Nunca he visto a un niño absorto de tal manera por un asunto —dijo la señora—. Te aseguro que no comprendo de qué se trata, pero seguramente que no es más que una tontería.

El señor Peña, pensativo, respondió:

—No puedo decir que sólo se trate de un cuento, aunque admito que quizá Guillermo no haya comprendido muy bien lo que se dijo el domingo, y que tal vez no todo lo que oyó sea cierto.

—Todo es mentira —respondió con énfasis la señora Peña, que procuraba hallar una excusa para justificar su actitud hacia su hijo—, pero Guillermo no es el responsable de haber contado esas tonterías que lo han inquietado de tal manera. Lo cierto es que ya no se comporta como antes.

—No sé qué pensar —dijo el señor Peña—. Nunca había oído hablar de algo así, y eso que mi padre era un hombre piadoso que conocía bien su Biblia.

–¡Y que siempre decía la verdad! –añadió su esposa–. Me pregunto qué habría opinado acerca de esta historia.

–Es muy extraño –siguió diciendo el señor Peña–. Guillermo aseguró que esa historia se encuentra en la Biblia. En todo caso no estaría en la de mi padre, de otra manera me lo hubiera dicho. Era un hombre que leía mucho su Biblia y jamás le oí decir una palabra desagradable. Cuando murió, después de una corta enfermedad, yo no estaba en casa, pero me contaron que su final fue muy feliz. Verdaderamente, fue un buen hombre.

–¡Como tú! –respondió la señora Peña–. ¡Nunca podría desear un mejor marido que tú!

–No, mujer. No siempre me comporto como debería hacerlo... Ahora debo volver al trabajo. Envíame a Guillermo en cuanto regrese; encontré un hermoso nido de pajaritos, y estoy seguro de que le gustará verlo.

El señor Peña se marchó rápidamente.

Capítulo 5

Al anochecer, al volver a su casa, se quedó muy sorprendido cuando vio sobre la mesita ubicada junto a la ventana, un libro que reconoció inmediatamente por su cubierta negra.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Pero si es la Biblia de mi padre! ¡Deben de haber pasado más de diez años desde la última vez que la vi!

—Como me hablaste tanto de ella, la busqué —dijo su esposa—. Pensé que tanto tú como Guillermo estarían contentos de verla.

La señora tomó el extremo de su delantal para quitar la última partícula de polvo de la cubierta del valioso libro. Si en ese preciso momento el señor Peña se hubiera fijado en su esposa, se habría dado cuenta de que tenía los ojos enrojecidos. ¿Habría llorado?

De repente, desde la planta alta, se oyó la voz de Guillermo, que se iba a acostar.

—¡Mamá, mamá! ¡Quiero decirte algo! La madre, sobresaltada, preguntó:

—¿Qué sucede ahora, Guillermo?

—Mamá, me había olvidado de decirte que me despiertes cuando él venga.

—Sí, hijo, te lo prometo, pero ahora sé obediente y vete a la cama.

—Estarán atentos, ¿verdad? Papá, también quería pedirte que no cierres con el pasador la parte alta de la puerta. Nos llevaría demasiado tiempo abrir los dos pasadores y lo haríamos esperar mucho.

—Vale, hijo —dijo el padre—; esta noche no cerraré con ninguno de los pasadores.

—Gracias, papá. Buenas noches, mamá —dijo Guillermo. Luego cerró la puerta de su habitación y se acostó.

Los padres volvieron a la cocina, y después de un momento de silencio, el señor Peña miró a su esposa y, mientras sacaba del bolsillo de su chaleco un papelito doblado y se lo entregaba, le dijo:

—Dame ese libro, por favor, y dime qué escribió la profesora en este trocito de papel que le dio a Guillermo.

La señora Peña leyó: «Apocalipsis 3, versículo 20», y su marido comenzó a buscar desde la primera página de la Biblia, pues la conocía muy poco, por no decir en absoluto. Lógicamente la búsqueda le llevó un buen rato, pero al fin encontró el libro y el capítulo indicados. ¡Y qué sorpresa se llevó cuando vio que ese versículo estaba subrayado con tinta roja!

—Tuvo que ser mi padre quien lo subrayó... Eso quiere decir que conocía muy bien este versículo y le parecía que era muy importante.

Con voz temblorosa se puso a leer: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. El señor y la señora Peña no daban crédito a lo que acababan de ver y oír. Guillermo tenía razón; era tal como les había dicho. Y las preguntas que se habían hecho, es decir, si Guillermo habría recordado bien el texto que citaba, y si éste se hallaba en la Biblia del abuelo, ahora quedaban contestadas por medio de esta lectura.

En la habitación reinó un solemne silencio.

¿Qué es lo que impulsó a la señorita Linares, la profesora de la escuela dominical, a pasar por la casa de la familia Peña justamente esa noche, mientras volvía a su hogar, para entregarle a Guillermo el Nuevo Testamento que le había prometido para el próximo domingo? Ni ella misma podía explicar por qué había cambiado sus planes. Estaba claro que era Dios quien había guiado sus pasos hacia la casa de los padres de su pequeño alumno. Como ya era tarde, ella sólo quería entregar el libro y continuar su camino. Pero cuando llamó dos veces con la pesada aldaba de la puerta, oyó un grito de alegría en el interior de la casa y luego unos pasos que se dirigieron precipitadamente hacia la puerta. Ésta se abrió inmediatamente y la profesora se encontró frente al señor Peña totalmente sorprendido, quien tenía en sus brazos a Guillermo en pijama, y a la esposa, que miraba por encima del hombro de su marido un tanto asustada.

—¡Es la profesora Linares, papá! —exclamó Guillermo muy contento—. Profesora, ¿cree que vendrá esta noche? ¡Oh, qué feliz me sentiría si él viniera mientras todos estamos despiertos!

La profesora Linares cambió repentinamente de planes, no se fue enseguida. Era absolutamente necesario que entrara en aquella casa y se sentase en la pequeña cocina. Allí, sobre la mesa que estaba frente a ella, se hallaba la Biblia, y los tres la miraban como si estuvieran esperando algo de ella. Para los padres de Guillermo, el llamado a la puerta en el preciso momento en que aca-

baban de leer el texto de Apocalipsis, fue como un llamado en sus corazones. El Señor le dio la responsabilidad a nuestra amiga, la profesora Linares, de remover los oxidados pasadores que, desde hacía mucho tiempo, habían mantenido cerrados los corazones de esta pareja.

Durante un largo rato todos permanecieron sentados juntos, con el santo Libro abierto ante ellos, mientras escuchaban atentamente a la profesora Linares, que estuvo muy ocupada contestando a las preguntas de Guillermo y a las de sus padres. A ellos les parecía que por fin el día comenzaba a brillar en sus vidas, como después de una larga y oscura noche. De pronto, todo su pasado les pareció muy diferente a lo que habían creído hasta entonces, pues hasta ahí se creían personas muy honestas. Ahora comprendían que eran unos pobres pecadores perdidos, que tenían necesidad de un Salvador. Los misericordiosos caminos del Señor, quien llamaba hoy a la puerta de sus corazones de manera tan conmovedora, los llenaba de temor y admiración a la vez.

Esa noche hubo un gran cambio en la vida de la familia Peña. Al padre le parecía que se le caía la venda de los ojos que hasta entonces no le había permitido ver. Ahora veía. Numerosos pasajes que había oído mencionar a su padre, «que conocía su Biblia hoja por hoja», volvían con fuerza a su memoria bajo un nuevo sentido y una nueva dimensión. No podía comprender cómo había vivido tan ciega e insensiblemente durante tantos años. Desde aquel día, cada noche se dedicó a leer y a releer su vieja Biblia.

Un día en que la profesora Linares se encontraba de nuevo en casa de sus amigos, donde era siempre muy bien recibida, Guillermo, como de costumbre, estaba sentado junto a su padre, mientras que la madre estaba ocupada en las tareas domésticas. Después de haber conversado un tiempo del tema que ahora les era tan precioso, Guillermo tomó repentinamente la mano de su padre y le dijo:

—¿No es cierto que ahora todos nosotros, tú, mamá y yo, nos iremos al cielo juntos?

—Sí, hijo mío —respondió su padre, muy conmovido—. Sí, allí estaremos juntos, pues el Señor nos dio a conocer su gracia.

Luego pidió a la profesora que les leyera el capítulo 3 de Apocalipsis. Este capítulo se había convertido en su porción bíblica favorita, porque el Señor, que no deja de llamar a la puerta del corazón de los pobres pecadores tan insensibles y sordos a su voz, se había servido de esas Escrituras para hablarles la primera vez, para despertarlos de su sueño espiritual y para entrar a morar con ellos.

La profesora Linares tomó la vieja Biblia y leyó el capítulo entero. Los tres escucharon con profunda devoción, y sintieron que ellos también habían recibido el “oro refinado en fuego”, las “vestiduras blancas” y el “nombre nuevo”. Ellos sabían que habían oído la voz del Buen Pastor y que los ojos de su alma habían visto a Aquel cuyo nombre es “Admirable”, pues los había atraído de manera maravillosa hacia Él y, en su infinita misericordia, se había acordado de ellos. El Señor había entrado en la humilde morada de la familia Peña, como un huésped bienvenido, para no abandonarlos jamás. Desde entonces, en ese hogar, su preciosa Palabra siempre fue leída, escuchada y apreciada.

“ He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

Apocalipsis 3:20

¿Ya ha entrado en tu corazón querido amigo? Seguramente que el Señor ya ha llamado más de una vez a la puerta de tu corazón. ¿Le has abierto? Hoy, en este momento, te sigue llamando. ¡Ábrele si no lo has hecho aún; no sea que Él pase y no vuelva más!